

El sacerdote en la novela moderna

Los hombres de cada época proyectan sobre los personajes de su literatura el conjunto ambiental de sus propias ideas entre las que se mueven. Sobreviene otra época, con un ambiente, y se encuentran arbitrarios e irreales los personajes de los años anteriores. En la época caballeresca del Amadís de Gaula se fingieron un mundo enteramente irreal del que hizo mofa Cervantes no sólo en el Quijote, sino ocasionalmente en otros sitios, como en sus *Novelas Ejemplares*, cuando dice de los pastores que no se llaman *Amarilis*, ni cantan dulcemente en los prados, sino que tienen nombres muy vulgares y cantan con voz ronca y desentonada.

Este hecho general también se halla, como no podía ser menos, en la manera con que los literatos de cada época han imaginado a su gusto al santo, al monje, al sacerdote, al místico. Tan irreal como la figura del Caballero andante es la figura con que la psique de cada época ha imaginado al santo, al monje, al sacerdote, al místico.

Los orientales tienden a proyectar sobre la santidad su concepción que confunde lo santo con lo milagroso (recuérdese la escena de Dostoyevski cuando el pueblo exige que el cadáver del «stárets» Zósima se conserve sin descomposición); otras veces confunden la santidad con la pura emoción sentimental, casi irracional, y no adquirida durante un largo ejercicio que acrecienta el hábito, sino como algo pegadizo, postizo; así aparece en no pocos rasgos el Manolios de Niko Kazantzakis; y en cuanto al sacerdote, tan irreal es su tipo del pope *solamente* burgués, al modo de Grígoris de Licrovisí, como del exaltado Fotis del Sarakina, que de repente pasó desde una vida de crimen a una exaltación pseudomística, irracional e infundada.

No creemos que sólo los orientales sean quienes proyectan sobre el sacerdote su propio horizonte psíquico: también nosotros hemos caído en ello, y si advertimos que Rousseau concibió a su Vicario saboyano al modo rousseauiano, con una sotana sobrepuesta a un revolucionario de la «Ilustración», también advertiremos que en nuestro mundo de hoy los novelistas imaginan al sacerdote, al religioso, al santo, como un «santo laico», a veces como un «pecador» que se halla a un negro de uña de la apostasía y de la desesperación; con una santidad pegadiza y superficial a lo Bernanos, tan arbitrarios como lo era el Amadís de Gaula.

Unamuno proyecta sobre la figura del que llama *San Manuel Bueno, mártir*, su propio modo de ser, su propia tragedia, esclavo de la duda en las cosas de la Fe, por su actitud inicial de racionalismo, que desemboca fatalmente en el irracionalismo y en la duda crónica; lo más grave es que a esto llame «santidad» y «martirio»: sería como llamar «mártir» al que está sufriendo en un hospital el tormento del contagio contraído por una vida de prostitución. No, este no es el verdadero «martirio», ni es éste el sufrimiento meritorio que santifica, si no hay la intrínseca ordenación a Dios por la Gracia y por la intención.

Como Unamuno proyecta en la figura del sacerdote su propio estado de «agonía» rayana en la desesperación, asimismo el sectario Baroja no pierde ocasión para pintar al sacerdote como glotón ignorante y estúpido (tal el cura Abad de la Colegiata de Labraz), o vicioso como los ex-seminaristas apóstatas Juan y Martín de *Aurora-roja*; así también el chistoso napolitano Giovanni Guareschi, que era la delicia e hilaridad en la Cámara de Diputados, imaginó a su talante la figura de Don Camilo como cura-payaso; así Bernanos imagina al protagonista de su *Diario de un cura rural* como desequilibrado, desolado perpetuo y desolador; así Cesbron concibe a los protagonistas de sus *Santos* que *van al infierno* como seres dotados de filantropía, nada más, pura filantropía, que por buena que sea como disposición natural, dista infinitamente de la caridad cristiana, virtud sobrenatural; así Julien Green imagina al sacerdote sin fe; y Graham Greene en su *El poder y la gloria* y también en *El cuarto de estar*, concibe al sacerdote como un pecador (borracho y sensual) cuya «santidad» (?) y «heroísmo» (?) ciertamente no son la verdadera santidad cristiana, este hábito infuso sobrenatural, que adueñándose cada vez más profundamente del hombre, lo transforma en un ser que radicalmente odia el pecado y vive (aun permaneciendo hombre de carne y hueso) en una secreta vida de íntima comunicación vital (por la Gracia) con Dios. La novela de hoy, parece querer consolarse proyectando sobre el sacerdote y sobre el santo, sus propios fallos y lacras.

Y no se nos diga que entre los españoles hay excepciones, como en el trasfondo que supone *La ferida luminosa* de Sagarra, porque en otras obras como en la que pinta la santidad y la caída de Fra Garí (aun concediendo su parte a la leyenda) también es irreal. Si Gironella ha sido catalogado de «novelista católico», su imagen del místico César Alvear (como la del Seminario de Gerona) me parece utópica: los dones místicos, como nota con acierto Tomás Zamarrigo, S. I., no adormecían a Santa Teresa de Jesús y a Santa Catalina de Siena, sino que les daban fuerzas y como una energía de acción extraordinaria.

Con exactitud André Blanchet, S. J. opone reparos al tipo ficticio que ha creado la novela de hoy: «Leyendo a nuestros novelistas se diría que para hacer al sacerdote más disponible a la gracia in-

fusa, hace falta vaciarle de toda virtud adquirida» (pág. 49); «se hace del hombre un perpetuo náufrago, que no dispone de ninguna rama a que agarrarse, de ningún rellano en que descansar, que no escapa a los golpes de fuerza satánica más que por una serie de milagros. Se vive en lo instantáneo, puesto que los dos Adversarios están más allá del tiempo. Luz blanca, luz negra; es el mecanismo perpetuo de la *conversión*, sin que nada sea jamás previsto para la perseverancia» (pág. 51); «se comprende que muchos sacerdotes, e incluso fieles, queden un poco desconcertados y no oculten su escepticismo ante esos sacerdotes, desprovistos de músculos espirituales, si es posible hablar así, que parecen no haber pasado jamás por un seminario, no haber sido largamente formados —por los ejercicios de piedad, las lecturas, los consejos y una sabiduría que viene del fondo de las edades cristianas— para una vida espiritual regular y relativamente estable, que se opondría a los arranques demasiado violentos, y a esas caídas fulgurantes que recuerdan la de Satán, pero que no vienen más que a espíritus puros» (pág. 51); «durante demasiado tiempo —desde Voltaire y Balzac, hasta Bourget y Maurras— la literatura ha considerado ante todo al sacerdote como un funcionario de la sociedad civil, o al menos como el mejor sostén del orden. Por reacción, hoy tiende a liberarle de toda servidumbre social, y de la Iglesia misma en cuanto sociedad. Se olvida que la misión del sacerdote se vincula con Cristo *por la Iglesia*. La sumisión a la jerarquía no se ve facilitada por esta aceptación, completamente literaria, repitámoslo, de un sacerdote ligado directamente a Dios por lo espiritual, y que no recibe de la Iglesia más que consignas de orden inferior, sociales y administrativas: terrestres. En realidad, debido a que está inseparablemente adherido por su promesa de obediencia al alma y al cuerpo de la Iglesia, puede el sacerdote comunicar al mundo una vida orgánica: espiritual» (*El Sacerdote en la novela de hoy*, pág. 58).

Así nos pintan siempre a un sacerdote desprovisto de bagaje teológico, como lo está el novelista que escribe; han pasado desde las épocas en que se describía al sacerdote y la santidad puramente divinas, desvinculadas de todo lo humano, a una época en que se los pinta con una solidaridad «demasiado humana» (pág. 63); pintan a un sacerdote sin el consuelo de Dios (como acaecería al seglar que permaneciendo aferrado al vicio, sin cambiar interiormente, sólo por ponerse encima una sotana y por tener un arranque emotivo o iluminístico, se dedicase a actos de filantropía): pero esta pintura de desesperación es totalmente irreal: «Es demasiado fácil prever en qué dirección va a derivar un sentimiento que no se afirma sobre la fe y la esperanza: hacia un amor de una generosidad muchas veces transformadora, pero que no tendrá nada de teológico, que no será ya caridad» (pág. 66). Con exactitud afirma el autor: «Leyendo a nuestros novelistas se diría que, para redimirse todos juntos, los hombres deben unirse en una amarga comunión, y beber la miseria

común en la misma copa, hasta las heces, quiero decir hasta el pecado, hasta ese placer triste y sin ilusión que es hoy el pecado. Sin este exceso de desdicha, se nos dice, el mismo Cristo hubiera escapado a lo peor de nuestra humillación. Y se le exige, a pesar de San Pablo, que se haga semejante a nosotros *hasta en el pecado*. De esta manera, la caridad se ha degradado poco a poco en solidaridad, después en complicidad. Pero, ¿quién no ve que un Cristo desliziándose con nosotros se hace impotente para levantarnos? La *Encarnación* sin la *Trascendencia* no es más que un juego de palabras, una engañifa, que promete a los desdichados la *salvación* y les deja en su pecado» (pág. 76). Es exacta la apreciación de Blanchet: «El sacerdote bernanosiano continúa evolucionando ante nuestros ojos. Tiende a convertirse en lo que efectivamente es: un santo laico» (pág. 94).

Resumiendo sus apreciaciones nos da estos rasgos de buena crítica literaria, en que se conjugan a la par el equilibrio doctrinal y la apreciación estética: «Esta espiritualidad de lo eterno refleja en realidad nuestro tiempo, sus más altas aspiraciones y sus errores. Gusto por el riesgo y la inseguridad, vacío interior, ausencia de Dios, fracaso, desesperación, soledad; después, búsqueda a cualquier precio de la comunión de los demás: ¿no son éstos, temas existencialistas? En el paso de un sobrenaturalismo inhumano a un humanitarismo vaciado de lo sobrenatural, ¿cómo no reconocer el problema de *Mains sales*? Como el existencialismo ha desnudado al hombre, ciertas novelas cristianas han desnudado al sacerdote; le han reducido a una llama, que arde sola y pura, demasiado sola y demasiado pura, en una noche universal. Esta visión trágica es de una belleza indiscutible. Tiene incluso su parte de verdad, Caigamos bien en la cuenta, sin embargo, de que participa más de la belleza estética que de la verdad humana y cristiana. No tomemos este retrato de época por una imagen fiel del sacerdocio eterno» (pág. 100).

No caeré en la ingenuidad —que por lo menos sería ingenuidad— de imaginar que la novela ha de influir en la teología y en la filosofía; pero me preguntaré si no podrían la teología y la filosofía influir algo más en la novela. No se trata del *modo o medio de expresión* (es evidente) pero sí de su *contenido*, como decimos que la Física de fines de siglo influyó en las novelas de Julio Verne (pues éste la consultó antes de escribirlas, y caso de escribirlas hoy día, precisamente por razón de haber cambiado la física, sus novelas habrían resultado hartamente diversas); este influjo de la ciencia no fue para evitar las notables intuiciones vernescas, ni para que al leerlas tropezásemos con fórmulas o enunciados de leyes, sino como un *mínimum básico* de información previa, para que no patinase sobre lo irreal. Lo irreal es indudablemente un elemento estético (por ejemplo la ficción del Liliput de Swift con su Gulliver) pero a condición de que entonces nos movamos decididamente en el terreno irreal; si por el contrario nos movemos en una zona que parece una

ficción dentro de un ambiente real (los libros de caballerías con su Amadís dentro del tiempo caballeresco) entonces en la misma medida en que se truca la realidad pierde la novela su categoría de «mensaje». Pero ¿acaso no contiene algo de esta profunda aspiración, la reiteración incesante de la novela moderna en la presentación del sacerdote? En este caso, ¿cómo puede dar un mensaje si se finge del sacerdote una imagen tan utópica como el Amadís de los libros de caballería para lo que eran los caballeros?

Ahora bien, se me hace difícil comprender que una persona totalmente ignorante de la teología dogmática, que no conoce siquiera por el forro los tratados de teología mística, que no tiene ni noción de lo que es la «contemplación infusa», se ponga a hablar de fe confundiendo la superstición (irracional) con la fe (obsequium rationale), confundiendo la excitación nerviosa o psicomística, con la inflexible posesión divina de la teomística, imaginando que describe las reacciones del hombre santo (en cuyo «más profundo centro», para usar la expresión de S. Juan de la Cruz, arde la «llama de amor viva» de la Gracia, injerto de naturaleza divina) por describir lo que él cree santo y que no es más que el «santo laico», aquél de la antigua controversia teológica del tiempo de S. Agustín, con las «virtutes ethnicorum».

No se me diga que sin drama, sin pasión, sin truco, no hay posibilidad de ser artista, porque esto sería como decir que Velázquez sólo podía ser genial en la escena grandiosa de *La rendición de Breda* y no en la casera de *Las hilanderas*. Haya genio, que de cualquier objeto sacará el pintor una obra de arte, aunque sea un bodegón de naturaleza muerta. Y por lo demás, ¿hay acaso dramatismo más íntimo que en la historia inédita y profunda de un alma acechada por Dios, sea Catalina de Sena desde la visión a los seis años de edad, hasta que irrumpía en los campos de batalla, sea Teresa de Jesús, sea Juan de la Cruz, sea Francisco Javier? La gama de lo irreal o ficción, dentro de la base real, es inmensa y está llena de drama, de pasión, de valores estéticos.

Cuando reprocharon a Claudel que con ángeles no se hace literatura —y por cierto contestó él: ¿acaso habremos de fabricarla con barro?— expresó una idea que podría trasponerse a otro terreno: ¿será condición indispensable para hacer buena literatura religiosa, que el sacerdote protagonista sea irracional, atormentado por la culpa, desesperado, desequilibrado, vicioso, pecador o a un tris del pecado, sin los dones verdaderos de la gracia infusa, sin los de la contemplación mística, sin inserción como miembro viviente de la Iglesia, y no podrá nunca haber belleza literaria en la expresión de lo que realmente fueron los sacerdotes, los santos, los místicos de Dios o en una palabra los auténticamente cristianos?